

Todos ellos habían recibido, con la fe, el espíritu de Jesucristo, el espíritu de Aquél que había rehusado la alegría á que tenía derecho, y que, en cambio, había aceptado la cruz y considerado la vergüenza como nada. ⁽¹⁾ De aquí que no experimentasen dificultad alguna en repetir las palabras del Apóstol: «Y aun nos glorificamos en la tribulación.» ⁽²⁾ De aquí que todos pensasen lo que dice San Bernardo: «¡Oh Señor, aun las aficciones sufro con alegría, si tú estás cerca de mí. Sí, las prefiero á reinar sin ti, á sentarme á una mesa en que tú no estés, á gozar de un honor que tú ignores.» ⁽³⁾

Vemos en esto el primer fruto de la fe, un entusiasmo del corazón, que, con frecuencia, considera el mundo como fanatismo, como locura. De la fe proviene ese impulso que nos obliga á tomar el partido de Dios, sin preocuparnos de nosotros mismos, y esto en casos en que es cierta para nosotros la vergüenza. La fe es la que nos impulsa al puesto en que el honor y la majestad de Dios están en mayor litigio, aunque nos encontremos solos. La fe es esa prudencia que hace de nosotros insensatos á los ojos del mundo, insensatos que esperan contra toda esperanza, que aman sin que se responda á su amor, que consideran todo sufrimiento como cosa baladí, con tal que puedan impedir que se produzca el único mal que conocemos, el pecado. En la fe, los deberes más difíciles se convierten en derechos y en santos privilegios de honor; la penitencia en consuelo y los sufrimientos en alegría. La fe hace que cubramos nuestros hombros con el manto irrisorio del Salvador, con tanta alegría, como si nos hubiese prestado un manto de victoria. La fe nos da la fuerza de pedir como un favor la copa de hiel que nuestro Redentor llevó á sus labios. ¡Que el que sufre con nosotros, viendo que el entusiasmo ha desaparecido de la vida, aprenda de nuevo á vivir en la fe, y bien pronto será reparado este perjuicio!

(1) Hebr., XII, 2.

(2) Rom., V, 2.

(3) Bernard., *In ps. XC. Sermo* 17, 4.

4. La fe en la voluntad; la fuerza en la voluntad.—Pero el entusiasmo y los ideales elevados suelen durar poco, y son poco provechosos, si no purifican la voluntad y no despiertan en ella un apoyo duradero para sostenerla. De ello tenemos una prueba muy notable en todos los movimientos que han sido inspirados por la sabiduría y por la imaginación humanas, especialmente en los referentes á la vida moral y religiosa. El Islam no ha carecido de entusiasmo salvaje, y los herejes de la Edad Media, los husitas y los discípulos de la incredulidad francesa durante la gran Revolución, quizás los han superado en este punto. ¿Pero es que todas esas erupciones de una pasión volcánica han mejorado á un sólo hombre desde el punto de vista moral? ¿No tenemos suficientes ejemplos de que, á pesar de todos los arranques hacia un ideal elevado, puede uno ser muy vulgar, desde el punto de vista moral, cobarde y débil hasta el desprecio? ¿Es que los períodos de esplendor de la civilización griega, del Humanismo y del Renacimiento no lo prueban suficientemente? Sólo y únicamente la fe puede resolver la cuestión. Sólo ella posee á un tiempo mismo ideales para la inteligencia, calor para el corazón, fuerza para la voluntad. Pero lo que constantemente procura obtener, es la actividad de la voluntad. Así lo ha demostrado, por ejemplo, en las Cruzadas. Éstas representan la época de más nobles transportes de la fe, pero también la época del más bello desarrollo artístico, de la más elevada floración de todos los ideales poéticos, del sentimiento religioso más puro, y muy especialmente, de una energía caballeresca asombrosa y de un amor increíble para el sacrificio. Aunque la fe sólo hubiese producido este hecho, bastaría á probar que inspira á la voluntad una fuerza tal, que la inteligencia humana ordinaria no puede concebir, y que todo lo más puede criticar por envidia ó dominada por el sentimiento de su impotencia.

Sin embargo, no vemos en esto únicamente la prueba de su mayor fuerza. El martirio cristiano y las misiones

católicas ofrecen de ella un testimonio incomparablemente más brillante. Las luchas caballerescas por la fe duraron varios siglos, pero la fe ha producido siempre, y produce aún todos los días, á Dios gracias, numerosos misioneros. El caballero cubierto de hierro y armado de su lanza, que se precipita en medio de sus enemigos para encontrar allí una muerte gloriosa, ó para conquistar la victoria, no es el prototipo del más elevado valor, ni mucho menos. Pero cuando un hombre robusto y vigoroso, cuando una virgen ilustre, sacrifican por la virtud su libertad y su vida; cuando permanecen inquebrantables en su vocación, aunque puedan abandonarla; cuando sufren sin lamentarse, aunque sepan que sólo el odio de un miserable denunciador, la pasión de un innoble pervertido, los entrega al perseguidor, que les arrebató la protección de las leyes, á la que todo el mundo tiene derecho, excepto ellos, que acogota los sentimientos de humanidad, que á nadie se rehusan, sino á ellos, he aquí un heroísmo cuya grandeza podemos decir sin vacilación que ni siquiera es capaz de apreciar el mundo. Cuando un hombre de talento, cumplidor, honrado, al que todo el mundo designa como capaz de ocupar un puesto importante, se ve constantemente postergado y entregado con los suyos á la miseria; cuando en su lugar ve elevarse á gentes indignas, incapaces, sin carácter, únicamente porque no oculta su fe; cuando un noble carácter vese obligado á soportar las burlas de los pilletes, porque no quiere ser infiel á la fe jurada á su Dios y Señor, vemos en ello igualmente un martirio incruento, verdad es, pero más terrible, más largo, más humillante, más amargo, que si los dientes de un león pusiesen rápidamente fin á su vida; también es esto, en favor de la fuerza de la fe, una gloria que el mundo no nos disputará jamás.

Finalmente, aquel que considere los sacrificios y sufrimientos de nuestros misioneros, no hallará dificultad alguna en confesar que la fe ha dado en ellos una gran prueba de su poder. No es nada de extraordinario el que la gloria atractiva de los descubrimientos ó el cebo de la

ganancia impulsen á uno á expatriarse durante algún tiempo. Pero abandonar todo lo que el hombre ama más aquí bajo, patria, civilización, costumbres, amigos, familia, lengua, para proporcionar á hombres salvajes beneficios que no comprenden, y con la perspectiva de perder en definitiva, sin resultado alguno, una vida llena de los más terribles trabajos y de las más humillantes privaciones, y esto sin gratitud, sin recompensa y sin gloria, he aquí un acto que debe parecer irrealizable á la mayor parte, y aun insensato; y ciertamente lo es para la fuerza humana ordinaria; sólo la fe puede infundir heroísmo semejante.

Por otra parte, en cierto sentido, la fe adquiere esta gloria en todo cristiano en el cual obra por modo viviente. Todos aquellos á quienes Jesucristo ha tomado á su servicio, tenemos ante nuestra vista una empresa semejante y una dificultad análoga; pero, á Dios gracias, no ha habido una época en que hayan faltado hombres para realizar esta empresa. Ningún misionero se ha embarcado todavía para un país tan lejano y tan desconocido, donde sea tan incierto llegar, como el país hacia el cual bogamos con la fe. Nadie ha vuelto todavía de ese país que pueda decirnos lo que es. Desde el día en que ponemos el pie en el navío que debe transportarnos á él, ese navío, cuyo timón ha confiado Dios á San Pedro, sabemos que nuestra patria se ha convertido para nosotros en país extraño, y toda la tierra en un rincón en que nadie quiere ⁽¹⁾ tolerarnos, porque nos hemos hecho enemigos á nuestros propios compatriotas. ⁽²⁾ Pero no sabemos si alcanzaremos nuestro objeto, ó si naufragaremos. Sentimos únicamente que hemos provocado millares de tempestades, y muy pronto veremos también que nos será preciso arrojar por la borda muchas cosas que nos son queridas, para facilitar nuestra travesía. Si la fe no viene en nuestro auxilio en este momento, quedaremos privados de socorro, y nos asemejaremos á San Pedro, el primer piloto: cuando vaciló en su fe, comenzó

(1) Hebr., XIII, 4.

(2) Matth., X, 36.

á hundirse, y sólo fortificándose en la fe, volvió á encontrar fuerza y un punto de apoyo estable bajo sus pies. ⁽¹⁾

5. Triple naturaleza de la fe.—Así es como la fe abarca al hombre completo, con su cabeza, su corazón y su voluntad. Ninguna medianía es compatible con ella; todo lo que pertenece á una vida completa se halla comprendido en ella; el entusiasmo y el ideal de la juventud, el valor paciente de la mujer, la energía tenaz del hombre. La fe es la que dirige hacia el cielo la inteligencia del hombre, le renueva interiormente y le transforma también exteriormente. Por la fe vive el justo, por ella obra en la caridad. Fácil es, pues, de comprender que el Espíritu de Dios, cuando quiere resumir toda la historia del cristiano en una palabra, se sirva con predilección del término *fe*. ⁽²⁾

Sin duda se ha pretendido que, con esto, nada se dice ni nada se mejora. Si el Cristianismo—se dice—no sabe recomendar otra cosa que la fe, se ha juzgado á sí mismo ante el mundo, como una religión que no es práctica, como una árida especulación intelectual. Todo depende de la vida, y si una religión no obra sobre la vida, no es más que una filosofía estéril y muerta, pero no una religión, ni mucho menos una religión verdadera y única.

Pero á éstos contestamos: Si una religión es capaz de encontrar como base de todo un edificio un principio, una palabra, que transforme y realce la inteligencia, la voluntad, el sentimiento, la acción, la vida entera, constituye esto un testimonio de su superioridad; ella ha de superar á todas las filosofías y á todas las religiones, de tal modo, que debe ser la única que baste al hombre. Pues bien, esto es lo que hace la religión cristiana, y precisamente porque todo lo hace en la fe y todo lo produce por la fe.

Por la única razón de que la fe contiene en sí muchas cosas, es propia, más que cualquier otra cosa, para convertirse en base de un edificio tan vasto. Enuncia particular-

(1) Hebr., X, 38. Gal., III, 11.

(2) Gal., V, 6.

mente tres principios, á saber, que creer en la existencia de Dios, creer á Dios y creer en Dios, son cosas diferentes. ⁽¹⁾

Creer que Dios existe, significa solamente no prohibir á la razón humana la primera y más natural manifestación de su actividad. Esto no es un mérito. Nadie pedirá una recompensa por haber hecho uso de su razón. Ni siquiera entre los demonios hay uno que no crea esto, aunque lo haga temblando. ⁽²⁾ Casi se siente uno tentado á decir igualmente, que el animal presiente y confiesa que hay un Dios. Así, pues, esta fe jamás será suficiente. En el fondo, ni siquiera se trata de la fe, cuando uno dice que cree que hay un Dios, pues ya la razón le dicta esto. En este caso, se somete á su propia inteligencia; esto no es fe, es ciencia.

Creer quiere decir someterse á un espíritu extraño superior. Cuando uno cree simplemente en la palabra de un hombre, sólo hay en ello una fe puramente humana; pero cuando uno cree á Dios únicamente porque Dios, la verdad misma, incapaz de engañarle ni engañarse, así lo quiere, posee la fe divina.

Creer á Dios, es pues, algo más elevado que creer que hay un Dios. Creer á Dios, no sólo quiere decir creer que Dios existe, sino que quiere decir aceptar todo lo que Él ordena creer y pensar, no porque nuestra inteligencia lo comprenda, sino porque Dios nos lo dice y nos ordena aceptarlo. Creer á Dios, quiere decir, pues, hacerle el sacrificio de nuestra propia inteligencia y someternos en espíritu de sacrificio á toda palabra de la Revelación, por respeto á la veracidad de Dios, por obediencia á sus mandamientos. Pero, ciertamente, no es poco ofrecerse uno mismo en sacrificio á Dios, con todo su pensamiento y toda su voluntad. Ahora bien, el que cree á Dios hace esto, se sacrifica él mismo á Dios, y esto precisamente con lo que es más que-

(1) Thomas, 2, 2, q. 2, a. 3. *Credere Deum, Deo, in Deum. Paschas., De Spirit. S., l. 1, præf. Remig., In ps. 77, 8.*

(2) Jac., II, 19.

rído al hombre, su sentimiento propio y su voluntad propia.

Todavía hay una tercera especie de fe y más elevada que las precedentes. Si no es practicada de una manera perfecta, incluye, no obstante, por sí misma la perfección de la vida cristiana. Es esa especie de fe á que uno se refiere cuando habla de la fe en Dios. Cuando creo la palabra de Dios, no hago nada de aquello por lo cual le distingo de los hombres, porque creo también las palabras de éstos. Ahora bien, si no consagro á Dios nada de lo que debería sacrificarle á Él solo, y, fuera de Él, á nadie más, ¿qué tiene de particular mi sumisión á Él? ¿Por qué entonces me ilusiono con el error de que hago más como cristiano que como hombre? En realidad, no hago esto más que cuando creo en Dios. Creer en los hombres es posible, pero creer á los hombres es insensato. ¡Desdichado el hombre que cree á los hombres! Por sí mismo se ha entregado á criaturas, ha fundado su vida en hombres, y esto es por su parte tan irreflexivo como injusto. Esto es algo que sólo es legítimo con relación á Dios. Creer en Dios, quiere decir hacer de Él nuestro último y soberano fin. Creer en Dios, quiere decir hacernos dependientes de Él con toda nuestra vida, aspirar á Él con toda nuestra inteligencia, con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad, en una palabra, como hombres completos. ⁽¹⁾ Creer en Dios, quiere decir entregarse á Dios con todo lo que el hombre es. ⁽²⁾ Creer en Dios, es, pues, tributar á Dios un culto que sólo á Él es debido, ⁽³⁾ pero es también tributarle un culto

(1) Augustin., *In Joan.*, tr. 29, 6.

(2) Id., *In psalm. 77*, en. 8, Ps. 139, en. 1.

(3) Rufino, *Expos. in Symb.*, n. 36 (Migne, 21, 373) y (Agustín) Sermo 242, 4 (Append. V, 398) remiten á estos pasajes del Símbolo: *In Deum, in Spr. Sanct.*, pero *Ecclesiam* sin *in*. De hecho, la mayor parte de los símbolos occidentales observan esta diferencia; así Máximo de Turín (Hom. 83 [Migne, 57, 437], Cesáreo de Arles (August., Append., Sermo 244, 1; V, 400), Fausto de Riez (Bäumer, *Das apostl. Glaubensbekenntnis*, 30 y sig. Blume, *Das ap. Glaubensbek.*, 171), Fulgencio de Ruspe (Bäumer, loc. cit., 42), el *Psalterium regis Anthelstom*, es decir, Ethelstan (Bäumer, loc. cit., 86; Blume, loc. cit., 97), el *symbolo del Codex Laudianus* (Bäumer, loc. cit., 79; Blume, loc. cit., 103 y sig.) Los símbolos orientales conceden á este punto menos importancia. Sin embargo, *La profesión de fe* de Marcelo de Ancyra

único que le satisface. Nadie puede creer en Dios, sino aquél que posee la fe cristiana, pero todo aquél que quiere satisfacer á las exigencias de la fe cristiana, debe también creer en Él. ¡Si siquiera todo cristiano pudiera vanagloriarse, en la completa acepción de la palabra, de que forma parte de los que creen en Dios! ⁽¹⁾

6. Triple naturaleza de la vida de la fe.—No es, pues, pequeño negocio el que uno pueda decir de sí con confianza que cree en Dios. Sin embargo, esto no debe satisfacerle á uno. La fe en Dios admite todavía muchos otros grados. Cada una de las virtudes cristianas —y su número es considerable— comprende tan gran número de ellos, que el que quisiera practicarlas todas por modo perfecto, no lo lograría nunca, aun cuando no descuidara una sola hora de su larga vida.

Lo mismo ocurre con la fe. Mucho tiempo y trabajo se necesita para que uno llegue á poseer la fe en Dios. Y, sin embargo, esto no es más que un hermoso principio, una base sólida, sobre la que puede edificar con toda seguridad. Pero todavía no es esto lo que hay de más elevado. ¿De qué sirve que uno tenga fe, si no la practica? ¿Acaso la fe sola le hará bienaventurado? ⁽²⁾ Es que aquél que conoce la voluntad del Señor, pero no la cumple, aquél que tiene el nombre del Señor en los labios, pero no le adora en realidad, ¿no se atraerá mayor castigo que el que jamás ha sabido nada de la fe? ⁽³⁾ De aquí que no baste para la sal-

se armoniza por completo sobre este punto con la romana (Epist. Marcelli Ancyra. ad Iul. Papam, n. 4, [Migne, Patr. lat., 8, 918]. Epiphani. haer., 72 [al. 52], n.º 3. [Migne, Patr. gr., 42, 285]). El llamado Símbolo Ambrosiano tiene *in Ecclesiam* (Mai, *Scrip. nova Coll.*, VII, 158, a [Migne, Patr. lat., 17, 1195, b.]; Cf. Maxim Taurin. [Migne, Patr. lat., 57, 856, b.]; Bruni, Append., 29-34). Completamente especial es Nicetas Aquil., *Explan. Symb.*, n. 10; *Sanctam Ecclesiam Catholicam, in remissionem peccatorum, carnis resurrectionem et in vitam æternam* (Migne, Patr. lat., 52, 871. Mai, l. c. VII, 337). Pedrus Chrysologus tiene siempre (Hom. 57, 58, 59, 60, 61) *Sanctam Ecclesiam*, y solamente una vez *in Sanctum Ecclesiam* (Hom. 62 [Migne, 52, 375]).

(1) Báñez, et Sylvius in 2, 2, q. 2, a. 2.

(2) Jac., II, 14.

(3) Luc., XII, 47. Matth., VII, 21.

vación, ni siquiera la fe en Dios, es decir, reconocer únicamente con la inteligencia el dominio de Dios sobre nosotros y nuestra obligación de servirle, sino que es indispensable que uno exprese esta condición con actos; en otros términos, preciso es que obre para la fe y practique la fe.

Pero tampoco esto es suficiente. Bella cosa es que uno viva así según la fe, pero es mucho más noble todavía vivir en la fe. El que se arrastra penosamente tras las exigencias de la fe, todavía no se ha despojado por completo del espíritu de servidumbre, y permanecerá infaliblemente más ó menos por debajo de la perfección cristiana. Pero el que vive en la fe, como el hijo en la casa de su padre, como el hombre libre en su propia morada, no experimenta ya la carga que pesa tan opresoramente sobre las almas esclavas, se siente como en su propia casa en el país de los vivos, hacia el cual aquéllos que tienen intenciones mundanas no miran más que con disgusto ó amargura, con desabrimiento y pereza.

Cualquiera creería haber llegado, después de haber obrado así, al último límite de sus obligaciones, y, sin embargo, todavía no habrá comprendido toda la empresa del cristiano. Seguramente, gran cosa es que haya llegado uno al punto en que la fe, con sus exigencias, se haya convertido para él en una patria donde se instale por modo cómodo como en su propia casa. Pero es más grande todavía el prepararle su corazón como morada. Un hombre semejante no vive ya en la fe, sino que la fe vive en él, y él vive por la fe. Ahora bien, y como lo dice la Escritura, esto es la verdadera justicia. ⁽¹⁾ Todos deben decir de sí mismos: «Quiero hacer tu voluntad, ¡oh Dios mío! y guardar tu fe en mi corazón.» ⁽²⁾ Es lo que el profeta vió como ideal, en su visión de los tiempos cristianos: «Días llegarán en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la de Judá. Inscibiré mi ley en lo más profundo de su corazón; seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Entonces ya

(1) Hebr., X, 38. Gal., III, 11.

(2) Psalm., XXXIX, 9.

no habrá hombres que enseñen á sus semejantes y á sus hermanos, diciéndoles: «Conoced al Señor»; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande.» ⁽¹⁾ Trátase evidentemente aquí de todos los que poseen la fe y viven de la fe. No tienen necesidad de buscar penosamente lo que Dios exige de ellos, y de aquí que su honor sea el más favorecido. No necesitan mucho tiempo para ver en cada acontecimiento, sea agradable ó amargo, la propia obra de Dios, en cada disposición del prójimo la más alta disposición de Dios, en cada criatura, aun en la más insoportable, la imagen de Dios. No necesitan acercarse á Dios por medios violentos y con solemnidad completamente artificial, cuando quieren orar; se sienten en presencia de Dios, aun en sus más penosos trabajos, y no pierden el sentimiento de su presencia, aunque se vean obligados á morar en medio del tumulto distraedor del mundo. Cuando comen y beben, continúan sirviendo á Dios, y, quizás en su sueño, practican el amor de Dios mucho más perfectamente que otros que viven solamente según la fe en las raras horas en que se recogen á medias. Todo esto les es tan natural, y se hace de un modo tan excelente y tan sencillo, que todos los que lo ven creen que debe ser así. En ellos, la fe se ha convertido en vida y la vida en fe. La fe es como su alma; viven de ella, como respiran con sus pulmones.

Tal es la vida de los santos. No hay entre ellos uno solo que no haya procurado al menos realizar en su especie esta vida por la fe, y jamás ha habido épocas tan muertas y tan débiles en que la fe de Jesucristo no haya inspirado á algunas almas la fuerza y el valor de impulsarlas al grado más elevado. Los verdaderos cristianos, los verdaderos perfectos, que velan por el honor de la fe, son los que, sólidamente fundamentados en ella, no descansan un momento antes de realizar la última exigencia y el último consejo, por medio de los cuales procura ella despertar nuestro amor y nuestra generosidad. Si todos se apresu-

(1) Jerem., XXXI, 31 y sig.